

III

UN ENAMORADO Y UN «SNOB» (1)

Montaron los dos escritores en el coche, que empezó á rodar al trote largo de su caballo por la calle de Cherche-Midi para alcanzar el boulevard Mont-Parnasse y seguir, pasando por los Inválidos, la larga serie de avenidas que casi directamente va al Arco del Triunfo, atravesando el Sena por el Puente del Alma. Gran parte del trayecto fueron callados los amigos. Una ligera bruma empañaba los cristales, y venía á ser para Renato símbolo físico de aquella otra que flotaba entre su vida actual y la de los primeros años pasados en aquellos sitios. Ni un rincón, ni un detalle fué olvidado hasta la pacífica entrada de la calle Bagneux, donde habitaba Rosalia, de quien acababa de alejarse sin despedirse, y cuyo recuerdo no le producía remordimiento en aquel instante. ¡Qué diferencia del adolescente de otros días, y aquel joven que ocupa-

(1) Equivale á nuestras palabras *curst*, necio ó tonto, según los casos.

ba el carruaje de Larcher! ¡Antes obscuro, ahora célebre; pobre ayer, hoy rico, pues su piececita le llevaba producidas veinticinco mil pesetas en seis meses, y con la expectativa, además, de las representaciones sucesivas de París y provincias, venta del libro y derechos de traducción en el extranjero! Tales eran los comienzos de Renato, que tenía en cartera un poema filosófico, titulado *Las Cimas*, un drama en verso sobre el Renacimiento, llamado *Savonarola*, y una novela sin nombre aún y sin terminar. A la natural emoción de los éxitos ya gozados se unía la sensación de presentarse en sociedad, y cómo se presentaba, hasta el punto de que casi no existía en él su personalidad. Dicha y desgracia de los poetas es ese poder de agrandar las impresiones más mezquinas hasta lo fantástico. En medio de este vaivén, que pasa de la desesperación al entusiasmo, algunas almas privilegiadas conservan el único encanto de la juventud, que es la espontaneidad, y por ella el reconocimiento del sér que se conoce inferior hacia el superior. Renato, que pertenecía á ese número, estrechó de improviso la mano de Claudio, que iba también silencioso, y le dijo:

—¡Qué bueno ha sido usted para mí! Á la benevolencia con que usted escuchó la lectura

de mis primeros trabajos, se debe que yo me atreviera á enseñarle el *Sigisbeo*. Si usted no lo hubiese llevado á la señorita Rigaud, no se habría puesto nunca en escena, y si la Condesa de Komof no oyera de sus labios el elogio de la obra, ni se daría allí esta noche, ni yo realizaría mi ensueño de asistir á esas reuniones del gran mundo, donde todo es en las mujeres, hasta su traje, encanto y poesía, y cuadro exquisito de alegrías y dolores.

—¡Si á lo menos tuvieran esas mujeres el alma de la misma calidad de sus vestidos!—dijo Claudio sarcásticamente.—¿Cree usted de buena fe que entra en la alta sociedad porque vamos á casa de la Condesa de Komof? Extranjera en París, sus salones son como un pasaje, donde encontrará usted cinco ó seis curiosas que le invitarán á visitarlas. ¡Pero pensar que porque frecuente usted el trato de estas gentes pertenece usted ni yo ni artista alguno, á su círculo! No, Renato, para eso era preciso haber nacido. Intente usted si no casarse entre ella, y ya me dirá. Vanidades disfrazadas por el arte de Vorth ó Laferrière, pero, en general, incapaces de sentir, con el hueco del corazón relleno, ó de las cuentas de sus costureras, ó de preocupaciones que les sirven de principios, ó de la rabiosa soberbia de eclipsar á sus rivales.

¡Qué necedad la nuestra, amigo mío! ¡Acudir presurosos á mezclarnos con esas señoronas, ó que por tales se tienen; nosotros, seres casi inteligentes y llenos de trabajo!

—Algo le ha sucedido á usted con Colette hoy—repuso el poeta, mortificado con las palabras anteriores, que tanta ilusión le destruían.

Pero no le era dable enfadarse con aquel amigo, máxime cuando sabía que semejantes declamaciones reconocían alguna contrariedad producida por las genialidades de su amante, de la actriz que le robaba el sueño y se burlaba de él, sin perjuicio de quererle á su manera. Afecto era el suyo de esos que rebajan los caracteres, como fundado en el más grosero sensualismo.

—Y me pregunta usted qué es lo que ha hecho conmigo—dijo Larcher con una risa de enfermo, tan diversa de la jovial que le alegraba en casa de Fresneau.—Pues bien: va usted á juzgar por sus mismos ojos á este psicólogo del corazón femenino, arrancando de la base de que mi inteligencia jamás me ilumina otra cosa que mis propias necesidades. ¿No le he contado á usted que siento la vergüenza de tener celos de Salvaney? Salvaney es un elegante de la nueva escuela, que se divierte con sus billetes de Banco; su nariz es

de trompeta, su frente pelada y sus ojos saltones; su color el de un vaquero, pero es anglomano, anglomano hasta el punto de que el Príncipe de Gales parece francés á su lado, y hasta el punto de que en los tres meses que ha residido en Florencia no ha usado camisas que no le plancharan en Londres. En ese gran mundo que tanto entusiasmo á usted, este mozo vale más que el autor de *El Nabab* ó *La Taberna*, obras maestras de literatura. Pues por eso le gusta á Colette. Va á su cuarto tanto como yo; se la lleva á beber *wiski* después del teatro, en su coche, y ella tan contenta, lo cual no quita que me diga no es serio que yo esté celoso de semejante ente. Esta mañana me presenté en casa de Colette á indagar la verdad de esta historia; entran una carta, y el criado, nuevo y mal enseñado todavía, dice que era de Salvaney y que esperaban contestación. Acababa ella de jurarme entre caricias que no había nada, nada. Por un momento creí que iba á enseñarme la carta, y con ella á demostrarme la exactitud de sus afirmaciones, pues no era posible que Salvaney sospechara que yo pudiera leerla. ¿Qué hace? Me pide permiso y se marcha con su carta á otra habitación. ¿Cree usted que tomé el sombrero y el bastón y me levanté para irme y no volver á ver más á la bribona?

Pues me quedé. Al cabo de un momento sale con la respuesta, la da al criado y me pregunta:—«¿Estás aún incomodado?»—Silencio de mi parte.—«¿Te entraron muchas ganas de leer la carta?»—Silencio.—«No; no la leerás, no; porque la he quemado. Me pedía en ella Salvaney una muestra de tela para un traje de baile.»—Quiero que se me crea bajo mi palabra.—Lo que yo le dije no puede repetirse; hasta un grado tal la maltraté, que causaba lástima; se echó á llorar, la cogí en mis brazos y me consideré feliz. ¿Cabe mayor envilecimiento?

—Y las sospechas, ¿eran justificadas?

—Salvaney le pedía una cita, y Colette se la otorgaba. Lo sé porque la he seguido, y al salir del ensayo se fué á casa de él, donde aún estaba á las ocho—dijo Claudio con ese acento de triunfo cruel con que los celosos aseguran lo que saben y les causa frenesí.

—¿Por qué entonces no rompe usted con ella?

—Eso pienso; sólo que quiero decirle por última vez esta noche el concepto que me merece la embustera. ¡Y la voy á tratar de un modo!...

Tan intenso dolor revelaban las palabras de Larcher, que Renato sintió apagarse súbitamente su alegría, conmoviéndose ante el

espectáculo de aquel amigo á quien debía tanto, y la infame conducta de Colette. También á esta emoción se unía, por el contraste, un cierto penoso recuerdo de Rosalia. Todo esto fué para ambos cuestión de un segundo. Claudio vivía únicamente de sus nervios y cambiaba de ideas con rapidez asombrosa.— Vaya, vaya...—dijo; y empezó á ocuparse de la última novela de un colega con Vincy, estupéfacto al principio pero animado luego, hasta que el carruaje se detuvo entrando en fila, advirtiéndoles que habian llegado. Al poeta le saltaba el corazón del pecho al encontrarse en aquella antesala que ya había visitado otra vez, aunque de día, templada suavemente, llena de flores y de criados de librea. El rumor de los salones, que hasta allí se percibía, y los innumerables abrigos de todas clases allí amontonados denunciaban la gente que recibía la Condesa de Komof. En medio, como saliendo de la capa de pieles que el lacayo recogía, una mujer joven dejaba al desnudo sus hombros y mostraba su esbelto talle aprisionado en elegante traje de color de fuego. Distinguido era su perfil, de nariz ligeramente aguilena y boca encantadora: sus cabellos de un rubio pálido y cuajados de diamantes. Renato observó que aquella señora saludaba á Claudio, y se sintió morir cuando fijó en él

con indiferente curiosidad dos ojos de azul clarísimo, admirable adorno de una tez delicada y fresca como lo es la rosa.

—La señora de Moraines, hija de Victor Bois-Dauffin, antiguo Ministro del Imperio.

Esta frase de Claudio, respuesta á la muda pregunta de Renato, había de quedar grabada en el poeta, que por extraño azar veía en el primer minuto de su estancia en casa de la Condesa á la mujer que más adelante tan honda influencia debía de ejercer en su vida.

Sin embargo, en el instante no se formó presentimiento alguno, sino que, por el contrario, la especial impresión de esta mujer de treinta años, que ya había abandonado el sitio, se confundió con la general que todo aquel conjunto le causaba, mezcla de abrumadora timidez y delicioso sensualismo. Los que nacen en la opulencia no se dan cuenta de estos ratos infinitamente pequeños de emoción, como nadie se ocupa del peso del aire que respiramos; los advenedizos además reservan el efecto para no parecer plebeyos.

Renato penetró en el salón más próximo, compuesto de instalaciones, que ya conoce todo el mundo, pero que eran objeto de asombro para el poeta hasta en sus menores detalles. Comunicaba esta pieza con otra mucho mayor, en donde seguramente se hallaba re-

29809

UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALF. (A-2) 111-137
MEXICO, D.F. 1925

unido el grueso de los invitados, á juzgar por el rumor de las conversaciones. Allí, y de un solo golpe de vista, excitado por su misma timidez, divisó el traje de la señora de Moraines alejarse en compañía de un frac negro; y delante de la chimenea á la Condesa de Komof, que hablaba á unos cuantos con gesticulaciones violentas. Era la Condesa mujer de ademanes trágicos, grande, desproporcionada, de hombros demasiado pequeños; su pelo blanco, sus facciones algo duras, y en sus ojos las pupilas grises despedían un brillo insostenible. Vestida de oscuro, lucían aún más las alhajas que la adornaban, especialmente sus dedos, que mejor parecían manos semisalvajes por la profusión de zafiros, esmeraldas y diamantes. Con una sonrisa contestó al saludo de Claudio y Renato, continuando hasta terminar la sesión de espiritismo, que la ocupaba en aquel momento y á que era muy aficionada.

—La mesa subía, subía, subía; apagáronse las velas, y al reinar la noche he visto una mano que iba y venía, enorme; era la mano de Pedro el Grande.

El sér instintivo, casi extraviado, que se observa en los caracteres rusos, por cultos que parezcan, se enseñoreó un instante de aquellas facciones que se alteraban al hablar.

Acordóse repentinamente de sus deberes de dueña de casa; dibujóse en sus labios la sonrisa, apagándose el fuego de sus ojos. Por una de esas adivinaciones que sienten las señoras de cierta edad, y que, cuando son buenas en el fondo, ofrecen un encanto irresistible á los hombres de irritabilidad nerviosa, comprendió que Renato se hallaba solo entre tanta gente.

—¿Cree usted en los espíritus, señor Vincy? Sí, porque es usted poeta; pero dejemos esto ahora. Acompañeme usted, por más que no sea joven ni linda, y le presentaré á algunas amigas admiradoras de su talento.

Cogió el brazo de Renato, que, aunque de elevada estatura, no llegaba á la de la Condesa, cuya figura guardaba entera armonía con su temperamento. Su marido murió ante su vista asesinado por un conspirador nihilista, y ella mató al asesino, llevando la pistola entre los mismos dedos recargados ahora de sortijas. Renato conocía por Claudio esta historia y una nueva empezaba á contarle la Condesa con esa mezcla de energía y distinción de maneras que caracteriza á las organizaciones eslavas.

—Llego á París hace ocho años, después de la guerra; no había estado aquí desde la primera Exposición de 1855. El París de enton-

ces, adorable, y el Emperador, ideal. Mi hija, la Princesa Roudine, ¿usted la conoce? No; vive en Florencia todo el año. ¡Pues bien, estaba á mi lado! Cae enferma; la salva el doctor Louvet, tan delgadito y con ese aire tan mono de Enrique III. Yo le llamo Louvetsky, porque sólo visita á rusos. No había que pensar en llevarse lejos de París á mi hija. Este hotel estaba en venta; lo compro; lo cambio de arriba abajo; esto era el jardín...

Y enseñaba á Renato el gran salón. Parecía un ancho mercado, cuyos muros se hallaban cubiertos con la multitud de telas de todos tamaños y todas clases, recogidas por la Condesa en sus excursiones europeas.

La impresión que sintió Renato á la vista del lujo material que observó desde su entrada, aumentó considerablemente con el espectáculo de esta especie de lujo espiritual que representaba el cosmopolitismo. La manera de hablar de Florencia, como si se tratara de un barrio de París; la abundancia de medios que revelaba la instalación en la forma descrita, y hasta el modo de pronunciar el francés aquella señora rusa, motivo era suficiente para despertar la admiración de un hombre joven y acostumbrado á la modestia de una vida estrecha de la clase media. Al fondo, cortinas encarnadas ocultaban el sitio

improvisado para escenario, y que ordinariamente servía de comedor. En el centro un busto de bronce, imagen del Conde de Komof, amigo del Czar Pedro, y á su alrededor cuatro grandes macetas de cobre, estilo persa, con verde follaje. Entre el monumento de familia y las colgaduras del escenario, filas de sillas, ocupadas ya por la parte femenina de la reunión, componiendo una especie de jardín viviente de hombros desnudos mejor ó peor modelados; de brazos flacos y gordos y pelo de matices distintos: alhajas y abanicos brillaban por encima de todo: risas y palabras producían un rumor indefinido. Hasta el color variado de los trajes, formando contraste con los negros fracs de los hombres, sólo á trechos interrumpido por algunos que se sentaban entre ellas, por algunas que entre ellos permanecían de pie. Todas estas gentes tenían costumbre de verse aquí y allí, á pesar de la diferencia de clases. Al lado de las duquesas del barrio de San Germán, las señoras de la alta banca, y de la diplomacia y de los artistas: unas movidas por sus aficiones al *sport* y á la caridad; otras en busca de relaciones ó fortuna para sus maridos. Mas tales particularidades pasaban inadvertidas para el poeta, que al ruido confuso de las conversaciones era presentado á los hombres que se encontraban

al paso, á las mujeres que ocupaban las últimas filas de sillas, balbuceando algunas frases en contestación de los cumplidos que recibía de los más atentos. La Condesa no le abandonó, y al descorrerse la cortina, se encontraba naturalmente sentado el poeta al lado de la dueña de la casa, á la sombra de uno de aquellos arbustos que formaban corona á la estatua del difunto. ¡Y no fué poca dicha que tropezara con un sitio apartado de las miradas de aquellas gentes!

Claudio había desaparecido; se hallaría entre bastidores indudablemente.

IV

EL «SIGISBEO»

Descorridas las cortinas por dos criados, quedó á la vista un escenario diminuto. Como la acción se figuraba en un jardín de Venecia, pudo arreglarse con un telón de fondo y plantas naturales de la estufa de la Condesa, cuadro que se diferenciaba bastante del que la fantasía de Perrin presentó en la Comedia Francesa. La calidad del público, las dimensiones del escenario y hasta el cambio de decoración, aumentaron la turbación de Renato, haciéndole sentir todas las emociones de un estreno. Salió la Rigaud; resonaron los aplausos, y la artista saluda sonriendo. Su traje á lo Wateau estaba copiado de un episodio galante del gran pintor; sus cabellos empolvados, el lunar en la juntura de los labios, el colorete de las mejillas muy pálidas, conservaban en aquella fisonomía algo de tierno, sensual y melancólico, que nacía de sus ojos soñadores y guardaba semejanza con las *madonas* y los ángeles de Boticelli. ¡Cuántas veces Claudio,